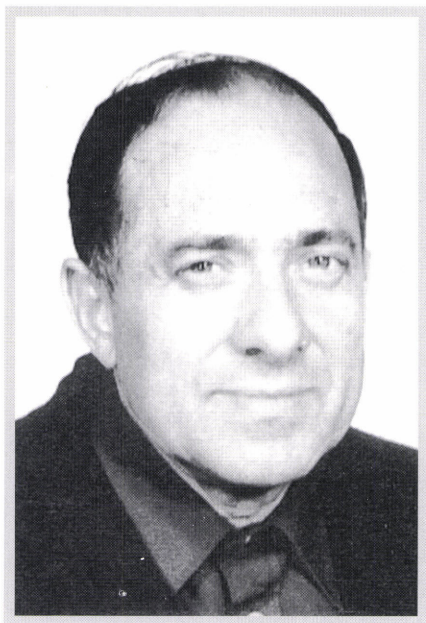


42B118. + 07.12.2000

Inspectoría San Francisco Javier
Bilbao



DON JUAN LÁZARO CÁMARA

Sacerdote Salesiano (1921-2000)

En la mañana del 7 de diciembre de 2000 llegaba un FAX especial a las comunidades salesianas de la Inspectoría «S. Francisco Javier» con sede en Bilbao comunicando la noticia.

Con las mismas palabras de esa comunicación, empiezo esta carta.

«Con dolor, pero con la confianza en la palabra de Jesús: “Yo soy la Resurrección y la Vida”», os comunicamos el fallecimiento de nuestro hermano.

Tenía 79 años cumplidos. Había nacido el 28 de octubre de 1921 en Arroyal de los Carabeos (Cantabria).

Fue el octavo de los once hijos con que Dios bendijo el matrimonio de Anselmo y Petra.

Su infancia transcurrió en Reinosa donde sus padres administraban un modesto comercio, con el que sacaban adelante a su numerosa familia.

A la muerte de uno de los hermanos de Juan, en 1991, apareció en el «*Diario Montañés*», y refiriéndose también a otro hermano fallecido por aquellas fechas, una nota que bien podemos aplicar a sus padres:

«Posiblemente serán recordados en Reinosa, como personas humildes, sí, pero grandes en sus valores humanos. Sacrificados padres de familia, amantes y conservadores de sus amigos, participativos en la vida social del pueblo siempre que se les requiera».

También Juan comenzó a participar en la vida social del pueblo, rompiendo sus primeras lanzas en el mundo del trabajo, como empleado de Correos.

El ambiente familiar y el amor por la familia ha sido una de las constantes de D. Juan. El cariño que todos sus familiares, hermanos, sobrinos y sobrinos nietos le tenían, era por él correspondido y se manifestaba en los encuentros familiares y el cariñoso apelativo que le daban: Muchos, en la familia, eran tíos. Pero él era para todos «el tío».

De hecho, él ha sido quien ha casado y bautizado a casi todos los miembros de su numerosísima familia.

Profundamente grabados quedarán siempre en D. Juan los años pasados con los HH. Menesianos, donde cursó su enseñanza elemental. En sus conversaciones aludía con frecuencia a esos años felices, recordando sus enseñanzas.

«Todos los días, lo primero que hacíamos al entrar en clase, era un ejercicio de copiado, transcribiendo a nuestro cuaderno la "máxima", una especie de consigna diaria, que en impecable caligrafía, aparecía en el encerado».

Carabanchel Alto

Con el ambiente familiar, las «máximas» y el trato con los HH. Menesianos, nació su vocación.

Pero hubo de esperar a que pasara por allí D. Germán Martín, uno de los

mártires en el período de nuestra guerra civil, para que se lo llevara consigo a Carabanchel Alto.

Era el año 1934.

Y en Carabanchel Alto hizo sus dos primeros cursos de Latín, malamente rematados porque allá por el mes de Julio de 1936 (el día 20), una turba incontrolada de milicianos asalta el colegio y, entre gritos y exclamaciones de todo tipo (D. Juan recordaba ésta tan significativa que decía alguna vecina, a gritos, desde la ventana: *«Matadles a todos, que ahora son pequeños, pero cuando crezcan serán como los otros»*), les conducen al cercano Colegio de Santa Bárbara.

La radio de Madrid, esa noche, lanzaba la siguiente noticia: «Los niños del Colegio salesiano de Carabanchel Alto han sido trasladados por la Guardia Civil en perfecto orden, al colegio de Santa Bárbara en la misma localidad. Sus padres o familiares pueden pasar a recogerlos».

Una tía suya se hizo cargo de él y lo llevó a Castellón, donde pasó los años de la guerra hasta que pudo reunirse nuevamente con sus padres.

Durante estos años, a causa de las privaciones y sufrimientos en una edad tan delicada en el crecimiento en todos los sentidos, hizo su aparición una escoliosis, que sería causa de muchos sufrimientos interiores y que, como él mismo dejó escrito, «nunca superó completamente» sus consecuencias.

Acabada la contienda, los vocacionalmente supervivientes reanudaron sus estudios. Esta vez, le acompañaba también su hermano Ángel. Sus padres, con su sentido de generosidad cristiana, daban su consentimiento:

«Autorizo a mis hijos Juan y Ángel para que ingresen en el Colegio del Sagrado Corazón, Salesianos, para que cursen sus estudios que esa Santa Congregación crea necesarios para que sean hombres de bien para servir a Dios y a la Patria».

Era el 29 de septiembre de 1939.

Hasta agosto de 1941 cursó otros dos años de Latín en Carabanchel Alto, de donde habían sido expulsados tres años antes, ingresando en el Noviciado, en Mohernando (Guadalajara).

Formación salesiana

Le impuso la sotana, el 26 de octubre de 1941, Mons. Olaechea y profesó como Salesiano el 16 de agosto de 1942.

Allí mismo hace sus estudios de filosofía de 1942 a 1944.

Comienza su trienio en el Colegio de Paseo de Extremadura, pasando después a Atocha donde lo completa de 1945 a 1947.

Recordará frecuentemente el abundante trabajo de clases, asistencias y suplencias, como era lo ordinario en esa época.

También recordará que durante estos años 1945-1948, los Superiores, del mismo modo que le mandaron que hiciese los cursos de Peritaje Mercantil para poder dar las clases de Cálculo y Contabilidad (Comercio entonces), juzgaron oportuno que no lo concluyera cuando estaba a punto de acabarlo.

Los años de Teología transcurren en Carabanchel Alto desde 1947 a 1951, año de su ordenación sacerdotal que recibe de manos de Mons. González Arbeláez.

En cargos de gobierno

Sus primeros trabajos sacerdotales, llevan el nombre de «*S. Fernando*», donde permanece, primero como Consejero, después como catequista, hasta el año 1955.

De esos años, además del recuerdo del trabajo constante, de la paciencia y el cariño que había que derrochar con los jóvenes allí acogidos, conservaba también el recuerdo de su buen hacer en la preparación de teatros y zarzuelas, muy celebradas por aquel entonces en la Inspección, tales como «*El talismán del Blanco*», «*El rey que rabió*» y otras por el estilo.

En su álbum de fotografías, muchas de ellas perpetúan estos acontecimientos.

Y allí le llega otra obediencia. Será Director de la casa de *El Royo* (Soria).

Es una casa pequeña, pero llena de muchachos que se preparan, como aspirantes, a la vida salesiana.

Son años que recordará como sacrificados, con algunos momentos dolorosos (como el fallecimiento del salesiano coadjutor D. Fernando Caellas), de soledad y lejanía, pero también con grandes y numerosas satisfacciones.

Son muchos los salesianos –aquellos niños de ayer en *El Royo*–, que

recuerdan agradecidos sus desvelos, sus preocupaciones y su acompañamiento en sus primeros pasos en la vida salesiana.

Un cambio de rumbo

Al acabar su obediencia como Director en El Royo (1955-61), otra obediencia, también de Director iba a marcar definitivamente el resto de su vida:

Él mismo escribe:

«En el verano de 1961 terminé los seis años de Director en El Royo (Soria) y ese mismo verano se abrió la nueva Inspectoría de Bilbao. Yo, entonces, recibí la obediencia para trasladarme como Director a Carranza, nueva casa donde, se decía, se abriría el Noviciado de la nueva Inspectoría.

»Mientras ésta se abrió en Carranza, residí en la Sede Inspectorial de Bilbao.

»Las relaciones con la "Sra. Polín", que era quien nos donaba la casa de Carranza, no fueron fáciles, pues pretendía demasiadas obligaciones por nuestra parte, a cambio de la donación. El tira y afloja con ella en diferentes conversaciones no dieron fruto y, al fin, tuvimos que abandonar esta nueva fundación.

»Y entonces quedé como personal de Deusto y, como allí no tenía cargo alguno, el Inspector (D. Emilio Hernández) me ocupaba en menesteres de la Secretaría Inspectorial, sobre todo en el trabajo de "aggiornamento" que entonces se hizo.

»Fue pasando el tiempo y lo de Carranza no llegaba.

»Al final entré de lleno en los trabajos de Secretario Inspectorial, aunque el nombramiento oficial no llegó hasta el año 1968, en que D. Luis Puyadena quiso legalizar lo que antes no se había hecho.

»Total que, desde entonces y por más de treinta años, he sido Secretario Inspectorial de Bilbao, combinando varios años este cargo con los de Director de la nueva Comunidad e, incluso de Vicario Inspectorial de 1972 a 1980».

Entre sus «papeles» encuentro otra hoja ciclostilada, en la que da cuenta a su Inspector (D. Salvador Bastarrica) de sus temores y dificultades para aceptar el cargo de Vicario Inspectorial, como se le proponía.

«¿Por qué y cómo he llegado a ocupar el cargo de Vicario Inspectorial? Creo sinceramente que por haber desarrollado ciertos hechos casuales. Fui nombrado Secretario Inspectorial en 1968. El Sr. Inspector, D. Luis Puyadena, me dio entera confianza y pronto llegué a conocer ampliamente la Inspectoría, no sólo en sus obras sino también en sus problemas y hermanos, puesto que le escribía la mayor parte de sus cartas.

»Coincidió con la enfermedad de D. Rufino (Vicario Inspectorial entonces), y poco a poco tuve que ir entrando en cosas más propias de Vicario que de Secretario, sobre todo en los tiempos en que D. Luis estuvo ausente en el Capítulo general.

»Ésta fue la causa de que, a la hora de votar a un Vicario, algunos se fijaran en mí y me votaran. De no haber sido por ello habría pasado totalmente desapercibido.

»Como Vicario, sinceramente, no me encuentro a gusto. Me considero falto de las cualidades mínimas que se precisan para un cargo así.

»Como sustituto del Inspector en los casos necesarios, tampoco. Me cuesta mucho presentarme en público. Toda la vida he venido luchando por vencer este complejo de inferioridad que me proviene —pienso yo—, de mi defecto físico y nunca he podido vencerlo del todo. Cada vez que se me presenta una ocasión de éstas, sufro, tanto si he de decir que sí, como si he de decir que no.

»Cuando debo corregir algo o actuar en situaciones conflictivas, me desazono y no acierto a cumplir mi deber. Tiendo más a animar al hermano que ha faltado, que a corregirlo

»Tampoco la salud me acompaña mucho. Hay días que me encuentro flojo y sin humor para nada. La tensión a que me somete el cargo me hace sufrir y aumenta en mí el malestar.

»Como Secretario, me encuentro mucho más a gusto. Resisto bien el trabajo y pienso que, sin otras preocupaciones, podría desempeñarlo con ilusión para acabar de ordenar todo el material existente e, incluso, para ponerme al día por medio de lecturas, de cuantas normas jurídicas u organizativas fueran saliendo.

»Me gusta el orden, conozco bien la Inspectoría y puedo dar razón de hechos pasados, orientando o proporcionando datos y documentos relativos a ellos.

»No sólo no me desagradaría dejar de ser Vicario y quedarme sólo

como Secretario, sino que me gustaría. Podría atender también a las confesiones de las Comunidades de Bilbao como hacía antes.

»Y... conocido ya mi pensamiento, sólo me resta decirle que nunca me ha gustado oponerme a la obediencia de la que un día hice voto. Estoy dispuesto a seguir donde estoy si ello fuera necesario o Vd. creyera que es lo más conveniente».

Los Superiores creyeron o no creyeron muchas cosas de éstas, pero lo cierto es que fue Secretario Inspectorial desde 1968 a 1972; Secretario y Vicario del 72 al 75, y, a pesar del alegato anterior, fue Secretario, Vicario y Director de la Sede Inspectorial desde 1975 a 1980; Director y Secretario de 1980 a 1987; Secretario de 1987 a 1993.

32 años de Secretario Inspectorial

Entre unas cosas y otras, de bromas y de veras, amén de esas otras incumbencias de Gobierno, 32 años de Secretario.

Podría, pues, decir con verdad que *«llegué a conocer ampliamente la Inspectoría, no sólo en sus obras sino también en sus problemas y hermanos».*

Los Salesianos de la Inspectoría, cuando llegaban a la sede Inspectorial, lo primero que encontraban era al Secretario, paso obligado al entrar.

Y allí estaba la sonrisa amable, acogedora de D. Juan. Con él se trataban los problemas, grandes o pequeños. Él resolvía situaciones, *«tendiendo más a animar que a corregir».*

«Al menos para mí –dice uno de los misioneros desde África–, ha sido siempre un testimonio y una referencia en la vida salesiana: cercano, acogedor, cordial..., maestro espiritual y confesor».

«Siempre he tenido el convencimiento –afirmaba otro de sus dirigidos al felicitarlo por su cumpleaños, hace un año–, de que es Vd. una de las personas más queridas y respetadas de la Inspectoría por su bien hacer y por el precioso ypreciado testimonio de su vida consagrada. Por su delicadeza exquisita en el trato, su sencillez evangélica, y su laboriosidad ... ¡se hace Vd. querer!»

Acostumbrado a tantos años de prácticas oficiales, había adquirido ya una extraordinaria habilidad para llevarlas a buen término.

Acompañó a la joven Inspectoría en su niñez y en su entrada en la edad

adulta de sus primeros 30 años, tomándola el pulso, participando activamente en su vida, orientándola oficialmente y recibiendo las confidencias de muchos de sus miembros.

Tuvo que intervenir en situaciones difíciles, principalmente en los ambientes de la formación inicial, en los años inmediatamente posteriores al Concilio Vaticano II, serenando posturas tan fácilmente radicalizadas en esos convulsos años.

Su actual Inspector, D. Isaac Díez, decía:

«D. Juan ha tenido encuentros y momentos importantes en la vida y decisión de algunos Hermanos. En esos momentos, su identidad y fidelidad salesiana han sido un regalo que hoy y siempre debemos agradecer. En el Archivo Inspectorial hay muchos documentos que nos hablan con elocuencia».

Es de admirar su trabajo –no se disponía de los medios tan sofisticados como en la actualidad–, para tener al día el archivo, despachar asuntos y comunicaciones.

«Me gusta el orden, conozco bien la Inspectoría y puedo dar razón de hechos pasados, orientando o proporcionando datos y documentos relativos a ellos».

Confesor

Citaba antes otro escrito suyo, en que decía: *«Podría atender también a las confesiones de las Comunidades de Bilbao como hacía antes».*

Ésta fue otra de sus características.

D. Isaac Díez, desde Benín, donde se encontraba el día de su fallecimiento, seguía diciendo:

«El segundo aspecto es el servicio y ministerio sacerdotal desempeñado por D. Juan como confesor extraordinario de varias comunidades.

»Este ministerio de la reconciliación y de la paz en nuestras Comunidades y en nuestra tierra es sumamente importante.

»Al agradecer hoy a Dios el ministerio sacerdotal de D. Juan, pedimos para todos nosotros celebrar personalmente y ser ministros y educadores disponibles del amor de Dios que perdona y reconcilia».

Muchísimos salesianos, de casi todas las Comunidades, por no decir de todas ellas, se han servido de sus orientaciones ministeriales en el sacramento de la Reconciliación.

Desde Azkoitia a Vitoria, que encierran en orden alfabético a las demás, todas han gozado de sus servicios.

En los retiros era él el confesor extraordinario y se trasladaba a esas Comunidades, donde impartía sus consejos y su dirección espiritual a jóvenes y no tan jóvenes.

Pero quizá haya sido la Iglesia de Deusto la más beneficiada por el tiempo, las energías y el trabajo que en ellas ha dedicado al sacramento de la Reconciliación.

Todos los Domingos y Fiestas ocupaba su confesonario, impartía dirección y consuelo a muchas personas que accedían a servirse de su ministerio.

Muchas horas de trabajo sacerdotal que coloreaban también su trabajo entre los papeles de secretaria.

Las abundantes muestras de condolencia llegadas a esta Comunidad, desde toda la geografía salesiana (SDB, FMA) de España, destacan *«su vida entregada con generosidad a corresponder a la vocación y a la misión que el Señor le había encomendado»*. *«Centrado en su responsabilidad, hombre de plena confianza, amable y paciente por demás. Hemos perdido una joyita de gran valor»*.

Sus últimos años

Y así hasta que los achaques de diversa índole, propios de su edad, se lo impidieron.

Primero fue un aviso.

Un golpe en la pierna a raíz de un accidente, cuando acudía a la Consagración Episcopal de Mons. Asurmendi, puso de manifiesto lo que, interiormente, venía ya anunciándose.

Unas varices le obligaron a operarse.

Le alivió esa operación, pero siguieron los problemas circulatorios que hacían que sus piernas se hincharan y le dificultaran el andar.

Se añadió a esto, la pérdida progresiva del oído, por la que con frecuencia andaba desconectado en las conversaciones, siendo causa de sufrimiento tanto propio como ajeno.

Algo, aunque no todo, remedió el aparato que, tras no poca insistencia por parte de los hermanos, accedió a ponerse.

En estos últimos años de su vida, estas dificultades, y la dificultad de movimiento fueron causa de callados sufrimientos interiores que, a veces, se traslucían al exterior y se reflejaban en su rostro y en su silencio.

Su acusado temblor del pulso, le jugaba malas pasadas a la hora de utilizar el ordenador y poco a poco, fue convenciéndose de la imposibilidad de rendir como antes rendía en el trabajo.

No poco le costó tener que dejar las actividades, que durante tantos años había desempeñado y pasar *«a la categoría de jubilado»*. *«Con el tiempo y la poca ocupación se me fue haciendo menos llevadero»*.

Con todo, durante un cierto tiempo meditaba y rezaba algunos artículos y oraciones, así como estudios que enseñaban a «envejecer» y a llevar alegremente la situación ordinaria de la tercera edad.

Durante los últimos seis años, utilizaba todavía el ordenador, empleando su tiempo en redactar una «Historia de la Inspección». Es una «síntesis de la vida inspectorial a la luz de los documentos del Archivo». *«Lo que intento hacer, para ocupar el tiempo y entretenerme –dice él mismo en el prólogo a su trabajo–, es redactar esta Crónica hasta donde llegue»*. Y en una extensión de 400 páginas recoge los acontecimientos de esta joven Inspección desde su fundación, hasta el año 1979.

Últimos meses de su vida

Los que hemos vivido con él en estos últimos años de su vida hemos sido testigos de su progresivo deterioro físico y decaimiento.

Pero éste llegó a su punto más acusado en el mes de agosto del pasado año 2000.

Se le invitó a ir a Logroño (como en algunos otros años) unos días, los que él quisiera, para que, al cambiar de aires y de ambiente, pudiera reponerse y descansar.

A los pocos días, le vimos ya de vuelta, decaído y nervioso, achacando su prematura vuelta a no poder descansar allí a causa del calor.

La causa verdadera era muy otra: la mala circulación que padecía desde ya hacía algún tiempo, provocaba la retención de líquidos, hinchaba las piernas y originaba en ellas unas ampollas que acababan por reventar y producir llagas que tardaban en curar.

Varias veces le han visto los médicos y especialistas; una enfermera curaba sus llagas dos veces por semana, y cuando no podía venir, le curábamos los de casa.

Todos hemos estado pendientes de su malestar, que le obligaba a estar sentado y con las piernas extendidas gran parte del día, haciendo más acusada su sensibilidad.

Con todo, no creíamos en tan rápido desenlace, aunque lo temíamos.

El día 7 se levantó a la hora acostumbrada, un poco más tarde que la comunidad como venía haciendo desde algunos meses atrás y, al verle un poco decaído, se le ayudó a acostarse para que reposara. Volvió a levantarse y se sentó en un sillón en su propia habitación.

Mientras tanto se le preparaba un caldo para que repusiera sus menguadas fuerzas. Cuando volvieron con él, le encontraron con la cabeza inclinada y casi inmóvil.

Se le administró la Unción y así expiró.

Eran las 11 de la mañana del 7 de diciembre de 2000. María Inmaculada quiso que celebrara en el cielo, con Ella, su fiesta y tantas efemérides salesianas como en ese día se conmemoran.

Casi todas las comunicaciones recibidas expresan un deseo (que revierte en alabanza), de que «el ejemplo de fidelidad salesiana que nos ha dejado, sea semilla de muchas y buenas vocaciones para la Inspectoría, y suplan las bajas de quienes nos dejan para marchar al Padre».

Tenemos, sin duda alguna, un nuevo intercesor para conseguir esta gracia del Dueño de la mies.

Con todo, recordémoslo en nuestras oraciones.

Con afecto.

ARCADIO CUADRADO

DATOS PARA EL NECROLOGIO

SAC. JUAN LÁZARO CÁMARA

Nacido en Arroyal de los Carabeos (Cantabria) el 28 de octubre de 1921.

Fallecido en Bilbao, el 7 de Diciembre de 2000.

Fue durante más de 30 años Secretario Inspectorial de la Inspección salesiana «San Francisco Javier», de Bilbao.